

Capítulo adicional de la trilogía Amor y virtud, de Rolly Haacht

www.trilogia-amoryvirtud.com | www.onyxeditorial.com

Corrección de texto: Lidia Fernández



La licencia de esta obra permite descargar el contenido y compartirlo con otras personas siempre y cuando se reconozca su autoría, pero no se puede cambiar de ninguna manera ni utilizar para uso comercial.

1985

24 DE DICIEMBRE

Arabia había logrado ingeniárselas para poder comprarle un regalo a su mejor amiga y todavía se sorprendía del éxito de su hazaña, ya que Zane y ella siempre iban juntas a todas partes. De hecho, había sido capaz de comprar un detalle a cada uno de los miembros de la familia Becker sin que ninguno se diese cuenta. Las únicas que sospechaban de sus extrañas salidas a dar un paseo en solitario eran Zane —por razones evidentes— y Sara, la madre de su amiga, que sonreía cada vez que la veía de vuelta y trataba de actuar con total normalidad.

La habían acogido en aquella casa hacía más de medio año, después de que su madre muriera casi al final del curso anterior. En septiembre, Zane y ella se habían matriculado en la facultad de enfermería en la VEU, y si ya de por sí eran inseparables, desde entonces todavía más.

Para su mejor amiga, Arabia había comprado un kit de accesorios para ir a clase: una mochila, un archivador y un estuche, todo con el mismo estampado a rayas de un montón de colores, y también un *walkman*. Para los cabezas de familia tenía una colonia para él y una pulsera de plata para ella. A Derek le había comprado una pluma, a Jake unas zapatillas, a Louis una gorra de los Mets y a Rachel, que solo tenía cuatro años y medio, una caja con accesorios de médico de juguete.

Después de la medianoche tendría que apañárselas para bajar a dejar los regalos en el árbol de Navidad. Había programado su despertador para las cinco de la mañana, a sabiendas de que probablemente despertaría a Zane, pero aquello era un mal menor. Después de todo, ella ya sabía que había comprado regalos. Lo importante era dejarlos antes de que Rachel bajase por las escaleras el día de Navidad.

—¡Estoy tan contenta! —le dijo Zane, de pronto. Estaban terminando de vestirse en su habitación—. ¡Vas a pasar la Navidad con nosotros! ¡Tus primeras Navidades aquí!

Arabia le sonrió, aunque sentía aquel vacío que había quedado en su interior con más de intensidad que de costumbre. Era consciente de lo que significaba aquello.

—Qué tonta soy... —rectificó su amiga al darse cuenta de su tristeza—. Lo siento, Ari, no quería decir que...

—No pasa nada. —Arabia sonrió con más ahínco y agarró a su amiga de las manos—. Sé lo que querías decir. Yo también estoy muy contenta de estar aquí, te lo prometo.

Y lo decía de verdad. No podía haber caído en mejores manos. Arabia daba gracias casi todos los días por que el destino la hubiese llevado hasta Vallon y hubiese puesto a Zane Becker en su camino. En su misma clase, para ser más exactos.

—¡A la mesa en cinco minutos! —La voz de Paul, desde el piso de abajo, enviaba aquella información a todos los que todavía no habían bajado al salón.

Arabia y Zane se apresuraron a terminar de cambiarse de ropa.

—¿Sabes? —le dijo Arabia—. Mi madre y yo pasamos las últimas Navidades en pijama.

—Madre mía, ¡qué buena idea! —Zane la miró con evidente entusiasmo—. ¡Hagámoslo!

—¿Cuándo? ¿Ahora?

—¡Sí!

—¿En serio?

—Que sí.

En un santiamén pasaron de la ropa de vestir al pijama y la bata.

—Pero pienso pintarme los labios —dijo Zane entre risas.

—Vale, pero date prisa —repuso Arabia—, que seguro que somos las últimas.

Cuando se presentaron en el salón, Zane todavía no había dejado de reír. Arabia sintió que se ruborizaba cuando los dos hermanos mayores se volvieron para mirarlas, pero ya no había vuelta atrás. Además, pensó que gracias a su nueva cómplice podría volver a recuperar aquella cómoda costumbre de pasar el día en pijama que había compartido con su madre.

—¿Qué tal estamos? —preguntó Zane mientras ocupaban sus respectivos asientos.

—Estupendas —respondió Sara.

Paul presidía la mesa por un extremo y Sara por el otro. En la parte interior de la mesa estaban Zane, al lado de su madre, seguida de Arabia, en el centro, y de Louis. Enfrente quedaban Rachel, Jake y Derek. Los platos principales del menú eran pavo y puré de patatas casero, pero también había otras cosas como verduras asadas, arroz y huevos rellenos.

A Arabia le gustaba que los Becker tuviesen la práctica de celebrar el día veinticuatro, pues lo más habitual era que las familias americanas celebrasen solo el día de Navidad. Zane le había explicado que el veinticinco desayunaría en familia tras los regalos de Santa Claus, y que luego pasarían el tiempo descansando y comiendo las sobras del día anterior. Arabia ya se había hecho a la idea de que llevaría pijama como mínimo un par de días.

—¿Qué tal todo por allí, cariño? —le preguntó Sara a Derek—. Cuéntanos un poquito más.

El mayor de los Becker estudiaba en Florida, por lo que pasaba la mayor parte del tiempo fuera. Arabia había podido conocerlo bien gracias a que había pasado el verano en casa. Cuando él hablaba todos escuchaban ensimismados, incluida ella. Derek era un chico inteligente, de eso no había ninguna duda, y tenía una gran oratoria. Por si fuera poco, era de los guapos. Según su propio criterio, el más guapo de toda la familia, aunque estaba convencida de que Sara había sido toda una preciosidad en su juventud, porque lo seguía siendo después de los cuarenta.

Derek estaba hablando sobre uno de sus profesores favoritos cuando la risa de Rachel llamó su atención. Al mirarla vio también a Jake, que estaba colocando algo sobre su plato. Patatas. Eran patatas fritas.

Arabia se inclinó para poder ver mejor qué era lo que le hacía tanta gracia a la más pequeña. Se le escapó la risa cuando comprobó que Jake estaba haciendo una cara con las patatas y remataba la obra poniendo un poco de ketchup sobre el hueco donde debía estar la nariz.

—Deja de hacerle tonterías para que coma —dijo de pronto el padre.

Arabia volvió a apoyarse contra el respaldo de la silla.

—Déjales, Paul —pidió Sara—. Un día es un día. Rachel ya sabe que siempre tiene que comerse toda la comida y que no hay que jugar con ella, ¿verdad que sí?

La niña asintió, todavía con la sonrisa dibujada en la cara.

—Ya me habéis oído —insistió Paul.

Jake levantó las manos y aceptó la derrota sin decir ni una sola palabra, pero a Arabia no se le escapó cómo, instantes después, cogió una de sus propias patatas y la mojó sobre la mancha de ketchup de la nariz de su obra. Rachel lo imitó y continuó mojando patatas hasta que se terminó todas las que quedaban en el plato. Cuando Jake levantó la vista y coincidió con la de ella, la apartó al instante y continuó cenando como si nada.

Fue una bonita velada en familia, con un montón de comida exquisita. Arabia se dijo que al año siguiente participaría en la preparación.

25 DE DICIEMBRE

Cuando sonó su alarma a las cinco de la mañana del día veinticinco, sorprendentemente Zane no se despertó. Cambió de posición bajo las mantas, pero continuó durmiendo. Arabia se levantó despacio y se agachó para coger los paquetes que había estado almacenando bajo la cama. Era el único lugar donde se le había ocurrido guardarlos, ya que algunos tenían un tamaño considerable. Tendría que hacer dos viajes, así que primero cogió todos los regalos de los chicos y empezó a bajar por la escalera de caracol.

Tenía el pulso algo acelerado por la emoción, y es que le hacía muchísima ilusión poder participar en aquella tradición de colocar regalos bajo el árbol. Nunca habría imaginado que se sentiría tan bien consigo misma yendo de compras para Navidad, y mucho menos ante la expectativa de que abriesen sus regalos dentro de unas horas.

Continuó hacia la planta baja mientras intentaba hacer el mínimo ruido posible, y luego caminó hasta el árbol, situado junto a la escalera por la que había bajado. No quería fijarse en los paquetes que ya había dispuestos, pero le fue inevitable cuando vio uno con su nombre escrito en grande. Decidió no prestarle atención y regresar a por los regalos que le quedaban. Cuando volvió a situarse frente al árbol —ya consciente de que había algo para ella— vio el resto de los paquetes envueltos y leyó los nombres, curiosa. Había dos medianos para Rachel, y luego uno pequeño por cada miembro de la familia. Arabia se preguntó qué sería lo que habría bajo el envoltorio, porque parecía que todos fuesen exactamente iguales. También había uno de esos pequeños con su nombre.

¡Tengo dos regalos!, pensó.

Menos mal que ella también había comprado algunos, porque se habría muerto de vergüenza al recibir regalos sin haber participado. Se había gastado una considerable suma de dinero, pero, teniendo en cuenta que nunca le dejaban pagar nada a pesar de que vivía allí como una más, lo había hecho de buen agrado. La emoción de saber que habría un regalo más para cada uno gracias a ella la embriagó de felicidad. Tenía muchas, muchas ganas de ver qué opinaban de lo que había escogido para ellos, y esperaba haber acertado con todo.

Unas horas después...

Pensaba que no volvería a pegar ojo, pero se sorprendió cuando Zane la zarandeó para que se despertara.

—Hora de despertarse, bella durmiente —le dijo—. ¡Feliz Navidad!

Arabia se incorporó y bostezó con los brazos estirados.

—¿Qué te parece mi *look* de hoy? —le preguntó Zane. Arabia se frotó los ojos y la miró. Estaba posando con la bata cerrada sobre el pijama. Se echó a reír de inmediato—. Espero que mis invitados no se ofendan por repetir vestuario.

—De ser así, tendrán que hacerlo por partida doble —contestó Arabia antes de levantarse y ponerse también la suya.

—¿Preparada para la mejor Navidad de tu vida?

—¡Preparada!

La Navidad le había parecido fascinante desde que llegó a Vallon hacía tres años, pero hasta su segundo año su madre no decidió que se adaptaran a aquella tradición, ya que en Turquía aquellos días eran como todos los demás. Estaba encantada ahora que celebraba aquella fiesta con una familia que tenía esa tradición desde siempre. Era muy fácil adaptarse a una costumbre tan bonita, con los árboles, las luces, las guirnaldas, los regalos y la tranquilidad de pasar el día en casa con sus seres más queridos. Y, en aquel momento, los Becker eran los suyos.

Mientras descendían por las escaleras, Arabia escuchó las voces que llegaban desde el salón.

—¿Habrán abierto ya los regalos?

—Imposible —respondió Zane—. Nadie abre su regalo hasta que estamos todos. Eso sí, mi prima ya debe de estar como loca. No sé cómo lo hace, pero siempre es la primera en despertarse.

A Arabia no le pasó desapercibida la primera frase. Su amiga había sido concreta. Nadie abre *su* regalo. Entonces se acordó de las Navidades anteriores, cuando todas sus compañeras llegaron con un montón de ropa nueva y cosas que enseñar cuando volvieron a las clases después de las vacaciones de invierno. Zane dijo con modestia que le habían regalado unos calcetines y un kit de maquillaje. Arabia era la que le había regalado aquel kit, pues había querido tener un detalle con ella ahora que ya conocía la tradición.

Nunca se había parado a pensar lo distintas que podían llegar a ser unas Navidades en función de la solvencia económica de una familia hasta que había vivido de cerca lo que significaba formar parte de una familia como los Becker.

Fue en aquellas Navidades, las de 1985, cuando lo supo.

Zane y ella fueron las últimas en llegar al salón. Esta vez la mayoría de los presentes iban con el pijama puesto, a excepción de Paul y de Jake, que se habían vestido. Estaban casi todos de pie, contemplando el árbol, mientras Rachel danzaba alrededor de los regalos, maravillada por la cantidad de cosas que había y esperando a que le diesen los que llevaban su nombre para poder abrirlos. Sara estaba preparando chocolate en la cocina y habló desde allí.

—Este año parece que Santa Claus ha venido más cargado que nunca —comentó.

Arabia se sonrojó ante la mirada de Sara, y después miró a su amiga. No sabía con exactitud si el hecho de que el número de regalos bajo el árbol hubiese

aumentado le hacía más ilusión a Rachel o a ella. Zane se llevó las manos a la boca y miró a su madre, que se desentendió del asunto. Entonces la miró a ella.

—Ari...

Ella se limitó a encogerse de hombros.

—Feliz Navidad —dijo después.

—¡Hay muchas cosas! —exclamó la más pequeña—. ¿Puedo abrir ya mis regalos?

Fue una suerte que Rachel interrumpiera aquel momento de incomodidad, pues Arabia sintió de pronto que todos la miraban con cara de asombro.

—¡Eh! Calma —le dijo Jake, y la echó hacia atrás antes de que empezara a deshacerse del envoltorio de cualquier paquete—. Vamos a buscar los que lleven tu nombre, ¿de acuerdo?

—¡Sí!

Poco a poco fueron repartiendo los regalos. Arabia cogió los suyos, el grande y el pequeño. Zane los cogió también y fueron juntas hasta el sofá para poder abrirlos. Empezaron por el pequeño, el que tenía pinta de ser igual para todos. Eran unos calcetines. Zane la miró con timidez cuando descubrió lo que contenía. Los de Arabia eran amarillos con lunares negros.

—¡Qué bonitos! —exclamó.

—¿De verdad te gustan?

—Me encantan, Zane, son preciosos. Sin duda, pasan a ser mis calcetines favoritos.

—Qué tonta...

Comprobó que los calcetines de Zane también eran muy bonitos: verdes con estampado de mariquitas.

—Anda, abre el grande —le pidió su amiga. Estaba claro que había participado en la elección.

Arabia no se esperaba, para nada, lo que encontró dentro de la caja que contenía su regalo. Era una colcha nueva, morada con los bordes azules.

—¡Vaya! —exclamó al extenderla.

En ese momento, Sara se acercó hasta ellas.

—¿Qué te parece?

—¡Es preciosa! —continuó diciendo Arabia.

Lo cierto es que no tenía palabras. Cuando se mudó a aquella casa le habían vestido la cama con todo lo que tenían de sobra, y en ningún momento se había planteado la posibilidad de pedir ni comprarse alguna otra cosa. La colcha que había usado hasta ahora era la vieja que habían guardado de Zane para cuando Rachel necesitase una cama más grande. Pero ahora le habían regalado una nueva, solo para ella. Una que, además, se adaptaba perfectamente a sus gustos.

Cuando miró a su amiga comprobó que sonreía de oreja a oreja, feliz por el resultado que el regalo había provocado.

—Gracias, de verdad —dijo mientras miraba a Sara—. ¡Gracias!

—Gracias a ti —repuso ella, y mostró la pulsera que ya se había puesto en la mano derecha. Luego extendió los brazos para que Arabia observara al resto de personas que había en el salón.

Descubrió a Louis gritando por la gorra nueva y a Derek probando la pluma, con los calcetines que también había recibido colgando sobre uno de los hombros. Jake estaba ayudando a Rachel con sus regalos y Paul se había sentado en la mesa de la cocina. Asintió agradecido cuando Arabia lo miró, pero no dijo nada. Entonces, la sobresaltó el grito de Zane cuando empezó a desenvolver sus regalos. Le dijo que las cosas de la universidad le gustaban mucho y le dio las gracias reiteradas veces, pero lo bueno vino cuando destapó la caja que le quedaba.

—¡Un *walkman*! —exclamó.

Mientras disfrutaba de la emoción de su mejor amiga volvió a reparar en Jake, que por fin se había dispuesto a abrir su regalo. Estaba muy nerviosa, porque

escoger unas zapatillas era algo muy personal, y por eso mismo había optado por comprar un modelo muy similar a las viejas Adidas que siempre llevaba, las cuales ya tenían una de las suelas despegadas. Él la miró nada más ver la caja, con asombro, y cuando abrió la tapa y vio el contenido volvió a mirarla. Arabia sonrió, aunque no estaba segura de que la expresión de Jake denotase que le había gustado el regalo. Esperaba que sí.

Zane la sorprendió con un abrazo tan fuerte que casi la dejó sin respiración. Luego pasó a los besos.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! —dijo sin dejar de besuquearla.

—Que me vas a ahogar.

—Debería hacerlo, porque estás loca. No, mejor dicho, ¡te has vuelto loca! ¿Cómo has podido comprar todo esto?

Louis apareció de la nada y cogió el *walkman* de Zane. Todos los demás empezaron a acercarse también a los sofás. Derek fue el siguiente en mostrar su agradecimiento.

—Era lo mínimo que podía hacer —le respondió ella.

Sara iba a replicar a eso cuando Louis la interrumpió:

—¡Es un *walkman* de verdad!

—Pues claro. ¿Qué pensabas, que sería de juguete? —protestó Zane.

—¡Yo también quería un *walkman*!

Jake le dio una colleja por detrás nada más terminar el comentario.

—¡Pero es verdad! —insistió el chico.

—¿Te quieres callar?

—No. —Louis empujó a su hermano para apartarlo de él a la vez que añadía—
: Y no vuelvas a pegarme.

—Ya vale, vosotros dos —advirtió Paul desde la distancia, pues deambulaba por la cocina sirviendo el chocolate en las tazas.

Sin embargo, Jake sujetó a su hermano por el brazo y lo apartó a un lado. Arabia escuchó perfectamente lo que dijeron a continuación, aunque pretendiesen pasar desapercibidos.

—¿Eres tonto, o qué?

—¿Qué he hecho ahora?

—¿Acaso crees que estos regalos los han comprado papá y mamá? Deja de quejarte y da las gracias.

Louis no replicó. Volvió a apartarse de su hermano con un empujón y se limitó a sentarse. Se pasó la gorra de los Mets de una mano a la otra hasta que finalmente se la puso.

—Gracias —le dijo a Arabia con timidez—. Son mi equipo favorito.

—Lo sé. Me lo dijo Zane.

—Vamos a hacer una cosa, Louis. —Zane se acercó a su hermano pequeño y le tendió el reproductor—. Te dejo que lo estrenes. —Cuando él fue a cogerlo, ella evitó que lo hiciera—. Pero solo si prometes que lo tratarás con cuidado.

Louis la miró con el ceño fruncido hasta que Zane rio, cedió y se lo entregó. Entonces, sin decir nada, se fue corriendo escaleras arriba.

—Te has pasado, señorita —dijo Sara tras sentarse junto a Arabia—. Pero gracias de parte de toda la familia.

—Creo que ya me lo habéis agradecido lo suficiente, y no es necesario. Gracias a vosotros por dejarme formar parte de vuestra Navidad.

Sara le indicó con un gesto de cabeza que volviera la vista detrás del sofá. Jake se había puesto las nuevas zapatillas y no dejaba de mirarlas y de pisar con ellas como para adaptarse.

—¿Qué tal?

Jake levantó la cabeza, sorprendido. Ahora Arabia, Zane, Sara y Derek lo observaban.

—Gracias, Ari —dijo por toda respuesta.

Luego dejó de mirarse los pies y buscó con la mirada a Rachel.

—Ey, ¿qué estás buscando? —le preguntó.

La niña, sentada, se retorció de un lado a otro y mientras levantaba los papeles de los envoltorios. Tenía sus tres regalos perfectamente ordenados delante de ella y, sin embargo, buscaba alguna otra cosa que escapaba al entendimiento de los demás.

—No encuentro mis calcetines —dijo.

—¿Tus calcetines? —preguntó Jake, perplejo.

—¡Santa se ha olvidado de mis calcetines!

—¡Vaya! —Jake miró a su madre en busca de ayuda—. Pero mira todos estos regalos. ¿Ese no es el conejito que tú querías?

—Sí... —Rachel había empezado a ponerse triste de verdad—. Pero a todos os ha traído calcetines menos a mí.

Sara se levantó y se acercó a ella.

—¿Sabes? Yo creo que a Santa se le deben de haber perdido, o que los ha dejado por error en la casa de algún otro niño. El año que viene le diremos que lo tenga en cuenta y, quién sabe, ¡puede que entonces te traiga dos pares!

La niña se sorbió la nariz mientras sujetaba el conejo de peluche, conforme en apariencia. Jake la cogió en brazos y le dijo:

—Mañana iremos tú y yo a comprar unos calcetines de tu talla, ¿de acuerdo?

—Vale...

—Pero tienes que prometerme que vas a dejar de estar triste ahora, porque es Navidad, ¿recuerdas? Hoy no está permitido estar triste.

—Te lo prometo.

En opinión de Arabia, la Navidad no podía haber empezado mejor.

Tras los regalos tomaron chocolate caliente y tortitas, y luego pasaron el resto del día en familia, viendo la tele, hablando de los regalos y comiendo de lo que

sobró de la cena del día anterior. Hasta le pareció que todos rieron más de lo habitual, incluida Zane, y eso era mucho decir.